



Vol. 12, No. 1, Fall 2014, 394-400

### **Review / Reseña**

April J. Mayes, *The Mulatto Republic: Class, Race, and Dominican National Identity*. Gainesville: University of Florida Press, 2014.

## **República Dominicana, o la cuestión racial como misterio**

**Pedro L. San Miguel**

Universidad de Puerto Rico—Recinto de Río Piedras

*In memoriam,*  
Tere Martínez-Vergne

En “La biblioteca de Babel”, Borges implica que el número de libros puede ser infinito debido a que la cifra de lectores puede resultar igualmente incalculable. Esto último se debe a que una misma persona puede leer una obra en diversos momentos a lo largo de su vida, por lo cual sus perspectivas, criterios y opiniones pueden variar en esas diversas ocasiones. Como efecto, aunque nominalmente fuese la misma persona—digamos, Pedro San Miguel—, lo cierto es que se trataría de diferentes lectores. Esto explica el fenómeno, me imagino que frecuente, de quienes

releemos un libro o un autor que originalmente nos agradó o convenció, pero que, al pasar el tiempo, sus argumentos nos lucen desgastados; para mí incluso hay obras “serias”—digamos, una investigación histórica—que, al releerlas, me han parecido hasta risibles. Lo opuesto también puede suceder: una obra o un autor que originalmente nos desagradó pero que, posteriormente, aprendemos a valorar. ¿Valdrá como ejemplo—para oprobio mío—el rechazo que sentí cuando siendo un mocetón leí a Borges, quien ahora se encuentra entre mis autores imprescindibles? Sin duda, el lector que aprendió a admirar a Borges es distinto—harto distinto—a ese ignaro lector—como sor Juana, “yo, el peor de todos”—que lo reprobó.

Valorar una obra, pues, depende de quienes somos al momento de conocerla. Asimismo, valorarla conlleva ubicarla en el contexto de las otras obras con las cuales dialoga y debate. En el caso de *The Mulatto Republic: Class, Race, and Dominican National Identity*, habría que decir que la misma se inserta en un significativo conjunto de trabajos históricos, antropológicos, sociológicos y hasta literarios que han abordado el tema de la forja de la nación dominicana, vinculándolo con cuestiones como la raza y la clase. Por descontado que no todos esos textos cuentan con méritos similares: los hay excelentes pero también los hay muy cuestionables. Con todo, a ellos habría que añadir ese cúmulo de escritos que, del siglo XIX al presente, han intentado rastrear las tribulaciones de la nación dominicana, que incluye obras cimera de su historiografía. Habría que tener presente que, en Occidente, la nación ha sido el tema central de su historiografía. Lo ha sido desde que Leopold von Ranke elaboró su programa intelectual, destinado a producir una “historia científica”. Mas—ironía de ironías—ese proyecto estaba penetrado de nacionalismo germánico. Los seguidores de Ranke, tanto en Europa como en América, no hicieron sino seguir ese modelo: aspirar a una historia científica, pero sin renunciar por ello a entonar las a la propia nación.

Lo que pretendo sugerir es que, como en muchos otros casos, en la República Dominicana no es fácil realizar una aportación original al tema de la nación, sobre todo si se pretende vincularlo con la cuestión racial, como es el caso del libro de April J. Mayes. Amén de obras clásicas que, de alguna manera, han examinado estos asuntos, en los últimos años se han

publicado varios trabajos que han procurado escrutar cómo la raza ha incidido sobre la nación dominicana. En el libro de Mayes, una aportación adicional radicaría en que intenta analizar, también, las cuestiones de la clase social y del género. (Esto último a pesar de que, enigmáticamente, el término *género* no aparece en el título del libro, aunque sí se le dedica un capítulo—“Gender and *Hispanidad* in the New Era”. Esa omisión en el título es lamentable—asumo que tal situación es responsabilidad principal de la casa editorial, no de la autora—ya que ese capítulo es uno de los más originales y valiosos.)

Lo intentado por Mayes no resulta del todo inédito; ya lo había acometido Teresita Martínez-Vergne en una obra que se centró igualmente en San Pedro de Macorís.<sup>1</sup> En esta obra, la autora analizó también las cuestiones de raza, clase y género, tratando de dilucidar cómo incidieron sobre los procesos de formación nacional en la República Dominicana y de una ciudadanía moderna. Dado este trasfondo tan cercano—tanto temporal como temáticamente—, resulta un tanto difícil lograr una aportación significativa, como lo ha intentado Mayes en su libro. Y, en efecto, para quienes conozcan el trabajo de Martínez-Vergne es probable que sientan que Mayes añade poco al respecto.

No obstante, el libro de Mayes propone argumentos que amplían y enriquecen lo explorado y planteado por Martínez-Vergne. Entre ellos destaca, sobre todo, su planteamiento de que en San Pedro de Macorís las élites nativas se aferraron a un sentido de *hispanidad* particularmente intenso como reacción al arribo a esa zona de una variopinta oleada de inmigrantes. Ya como trabajadores en las plantaciones azucareras que circundaban la ciudad de San Pedro y que constituían la base económica de su esplendor y su crecimiento demográfico, ya como miembros de los estratos altos de la sociedad, ya como sectores intermedios entre unos y otros, los inmigrantes habrían inducido a los sectores tradicionales de las élites locales a aferrarse a una identidad fundada en su alegada herencia cultural y étnica hispana. Tan poderoso fue ese hispanismo que hasta los recién llegados cuyas fortunas les permitieron integrarse a las clases altas

---

<sup>1</sup> Teresita Martínez-Vergne, *Nation & Citizen in the Dominican Republic, 1880-1916* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005).

se sintieron compelidos a adoptar como suyo ese sentido de hispanidad. Ello habría sido así especialmente entre los inmigrantes blancos provenientes de Cuba, Puerto Rico y España—si bien la autora tiende a soslayar el hecho de que el *origen* nacional y étnico de tales inmigrantes los debió de predisponer a adoptar la hispanidad como criterio de identidad.

A pesar de ello, esta interpretación posee cierto atractivo, por lo que constituye una hipótesis que habría que explorar más sistemáticamente en las regiones del este de la República Dominicana que, a principios del siglo XX, en medio del auge de la economía del azúcar, recibieron a decenas de miles de inmigrantes del Caribe y de otros lugares. Asimismo, es una propuesta que podría ser examinada en otras zonas de la República Dominicana, como Puerto Plata, en el norte del país, y Santiago, en el interior valle del Cibao, que también recibieron inmigrantes—sobre todo la primera de estas ciudades—en cantidades significativas. Escrutarse esta propuesta en Santiago—en propiedad: Santiago *de los Caballeros*—podría resultar especialmente significativo y revelador ya que históricamente ésta se ha preciado de su prosapia hispánica y, por lo tanto, de su blancura vis-à-vis el resto del país. De hecho, en los imaginarios raciales predominantes en el Cibao el este de la República Dominicana, donde está enclavado San Pedro de Macorís, es percibido como una región “negra” debido, precisamente, a la presencia en ella de grandes contingentes de inmigrantes y de sus descendientes provenientes de otros países del Caribe, sobre todo de Haití. A mi modo de ver, este contexto histórico problematiza de manera significativa el argumento de Mayes ya señalado.

Otras propuestas de Mayes ameritarían también escrutinios más puntuales. Tal es el caso de su argumentación en torno a la existencia en la República Dominicana, en el siglo XIX, de imaginarios e ideologías que no suscribían las posturas abiertamente racistas y antihaitianas con las cuales—alega la autora—se suele identificar a la República Dominicana. Para demostrar su tesis, Mayes alude a las concepciones de Gregorio Luperón, uno de los representantes principales del liberalismo dominicano, y de Eugenio María de Hostos, letrado puertorriqueño que residió por largo tiempo en el país, convirtiéndose en una figura intelectual de gran influencia en virtud de su labor educativa. El ideario de estos autores—

arguye Mayes—evidencia que en la centuria decimonónica existían en la República Dominicana criterios diversos en torno a la cuestión racial; es decir, el racismo y el antihaitianismo no eran totalmente predominantes: había otras ideologías en torno a la raza y otras maneras de pensar las relaciones raciales, incluso de cara a Haití. Si bien este argumento no es totalmente novedoso—como evidencian varios estudios que giran en torno a Pedro Francisco Bonó, intelectual que, en mi opinión, pensó de forma más elaborada y sistemática que Hostos y Luperón en torno a estos temas<sup>2</sup>—, Mayes lo recupera con la intención de rastrear, históricamente, los imaginarios sobre raza y nación en la República Dominicana. Por supuesto, aquí existe un problema mayúsculo que hasta ahora no ha sido adecuadamente sorteado por los historiadores: el de cómo vincular las ideologías expresadas por los intelectuales con las creencias, las percepciones y las vivencias de las masas anónimas de dominicanos de la centuria antepasada. He aquí uno de los grandes retos que enfrentamos los historiadores para poder comprender más cabalmente la cuestión racial en la República Dominicana y, por ende, para poseer criterios más firmes a partir de los cuales determinar cómo pensaban y sentían los dominicanos comunes las cuestiones raciales sino, también, cómo las vivían.

Porque el caso es que Mayes, como muchos otros autores que han examinado el tema de la raza en este país—tema que, en efecto, ya constituye una suerte de síndrome entre los dominicanistas—, pretende, en última instancia, desentrañar lo que aparece o se figura como un misterio: el de los imaginarios raciales en una sociedad como la dominicana, en la cual la presencia negra es innegable, pero en la que, por contradictorio que luzca, se han realizado (y se realizan) esfuerzos monumentales por negarla. Fue esa (aparente) contradicción la que llevó al intelectual haitiano Jean Price-Mars a alegar que los dominicanos padecían de un “bovarismo

---

<sup>2</sup> Ver: Pedro L. San Miguel, *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en La Española*, 2<sup>a</sup> ed. (San Juan/ Santo Domingo: Editorial Isla Negra/ Ediciones Manatí, 2007), 74-82 (hay ed. en inglés: Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005). Además, las aportaciones fundamentales en torno al pensamiento de Bonó que ofrece Raymundo González en: *Bonó, un intelectual de los pobres* (Santo Domingo: Centro de Estudios Sociales Padre Juna Montalvo SJ, 1994).

racial”; es decir, a asumirse, racialmente, como lo que no eran.<sup>3</sup> Mayes también pretende iluminar, resolver o desentrañar tal enigma. Con ese fin, se interna en las ideas de figuras emblemáticas como Hostos y Luperón—si bien esquivaba a Bonó, que en torno a la cuestión racial y al tema del mestizaje elaboró propuestas mucho más sugestivas que los dos anteriores—; escruta las relaciones raciales en una región de la República Dominicana, San Pedro de Macorís—si bien no ofrece un cuadro comparativo con otras áreas del país, lo que restringe las implicaciones que se puedan desprender de su estudio—, y aterriza, como suelen hacerlo muchas investigaciones acerca de la cuestión racial en la República Dominicana, en las implicaciones que tuvo todo esto para el surgimiento de las ideologías raciales durante la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo (1930-1961).

A la luz de lo anterior, pienso que valdría la pena hacer un examen detallado y riguroso de la ya amplia literatura académica que examina el tema de la raza y de sus implicaciones en la formación de la nación dominicana. Éste, por supuesto, no es el lugar para hacerlo; quizás tampoco sea yo la persona indicada para realizar ese ejercicio, que, pienso, puede resultar muy iluminador—aunque me imagino que también puede generar sorpresas a granel e ironías pasmosas. Mas propongo, como colaboración a esa tarea, una propuesta, si se quiere, una hipótesis. Creo que, en el fondo, muchas de esas obras pretenden—pese a que no lo estipulen de manera explícita—esclarecer lo que sus diversos autores consideran como un recóndito misterio: ¿será la *sociedad dominicana*—es decir, su *gente*, el *pueblo*—verdaderamente racista y, por extensión antihaitiana, o será ello sólo una especie de espejismo, una entelequia, una ofuscación, una suerte de engaño, quimera, desvarío o delirio? ¿Serán tales ideas raciales una esencia nacional, traducida, en el contexto dominicano, en una animadversión en contra de Haití, o serán, más bien, una perversión instilada en la sociedad por sus clases dominantes—como arguyen varios intelectuales dominicanos, sobre todo de los identificados con la izquierda

---

<sup>3</sup> Jean Price-Mars, *La República de Haití y la República Dominicana*, 3ª ed. (Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1995). Acerca de las ideas de Price-Mars sobre cómo las concepciones raciales existentes en la República Dominicana permeaban las relaciones entre este país y Haití, ver: San Miguel, *Isla*, 101-139.

política—o por el Estado, sobre todo en su versión trujillista y, por supuesto, por sus versiones filotrujillistas posteriores al asesinato del tirano? Estas preguntas no son sino formas de preguntarnos: ¿dónde residen la maldad y la perversión? ¿O se podrá argumentar que depravaciones como el racismo y el antihaitianismo son algo más complejo, más ambiguo y turbio? ¿Qué los prejuicios acerca del Otro no residen sólo en el poder y en quienes lo detentan sino que se alojan también—patentes o impalpables—en nosotros mismos?

Lanzo el guante. Confío en que haya quien(es) quiera(n) recogerlo.